EL SEVILLANITO

SAINETE LÍRICO

EN UN ACTO DIVIDIDO EN TRES CUADROS

en prosa, original de

ENRIQUE VARGAS GONZÁLEZ

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, núm. 4

1909

EL SEVILLANITO

EL SEVILLANITO

SAINETE LÍRICO

EN UN ACTO DIVIDIDO EN TRES CUADROS

en prosa, original de

ENRIQUE VARGAS GONZÁLEZ

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle del Olmo, num. 4

1909

A MI MADRE

Todo el inmenso amor que encierra para mí esta obra, lo tengo para ti de agradecimiento por la grandeza de alma que has tenido para criar á tus hijos.

Un gran éxito deseo en ella, una eterna vida en ti.

ENRIQUE

PERSONAJES

FERNANDO, sobrino de Daniel			....	35	años.
SEVILLANITO, empresario de toros			....	25	»
TERESA, dueña de la fonda			....	60	»
PETRA, criada de la ídem			....	20	»
ANTONIO, matador de toros			....	25	»
CURRO, mozo de estoques de Antonio			....	30	»
MANUEL, picador de toros de		íd.	....	35	»
JUAN,	íd.	íd.	....	25	»
FRASQUITO, banderillero de		íd.	....	60	»
LUIS (Tiple),	íd.	íd.	....	18	»
RAFAEL,	íd.	íd.	....	18	»
MOZO DE TELÉGRAFOS			....		
MARIA, sobrina de Daniel			....	19	»
DANIEL, tío y tutor de Fernando, M.ª y Agustín				60	»
AGUSTIN, sobrino de Daniel			....	20	»
DOROTEA, criada antigua de Daniel			....	60	»
EL GUAPO, pretendiente de María			....	30	»
CONSUELO, bailadora flamenca			....	19	»
SALOMON, padre de Consuelo			....	60	»

Coro general.

La acción en la Mancha.—Epoca actual.

Derecha é izquierda las del actor.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Escena dividida. Representa la fonda de un pueblo. En el departamento de la derecha, puerta en primer término; al centro del fondo, puerta que se supondrá de alcoba; en el testero del fondo izquierda, una cómoda, dentro de la cual habrá algunos sobres. En el centro de la escena un velador y sobre él, recado de escribir, un periódico, una carta y un telegrama; en su derredor, á la izquierda, una butaca y tres sillas debidamente distribuídas; en el testero izquierda, al frente del segundo término, mesa tocador con espejo.

En el departamento de la izquierda, puertas en primero, segundo y tercer términos. Al fondo, puerta mayor; en el centro de la escena, mesa comedor capaz para ocho ó diez personas, con sillas alrededor; otra silla en el testero del proscenio izquierda; pared derecha un sofá. Testero foro izquierda, un aparador, y en el mismo, á la vista del público, ocho vasos con platillos y cucharillas de café y demás utensilios propios de comedor. En ambos departamentos, cuadros antiguos, bien distribuídos. Todo el mobiliario de estilo de pueblo. Al levantarse el telón, Petra aparecerá acostada en el sofá del departamento de la izquierda. La escena á obscuras; son las tres de la mañana.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO y SEVILLANITO

SEVILLANITO entra en el departamento de la derecha primer término, llevando una palmatoria con vela encendida, qne colocará sobre la mesa; le sigue FERNANDO. Al entrar se dará luz á este departamento.

FER. Todavía no me ha salido el susto del cuerpo.

SEV. (Sonriéndose.) Pero, hombre; si á nadie más que á ti se le ocurre no tener en cuenta el aprieto de los toros al entrar en la plaza.

FER. Es que también conduje el encierro el año pasado y entraron despacio.

SEV. Sí, pero los toros de la sierra no son como los

andaluces; á éstos hay que apretarlos, porque si no, no entrarían.

FER. Pero, ¡qué caballo!... Cuando oyó los chasquidos de las hondas, metió los cuartos traseros, salió como alma que lleva el diablo y me vi en el suelo. Gracias que pude cogerme á la crín y dije: «A Roma por todo», y entramos por la puerta de los corrales con los caballos, los toros y los cabestros, todos rebujados.

SEV. En el tiempo que he sido empresario, nunca se me ocurrió acompañar el encierro.

FER. Pues á mí me gusta mucho.

SEV. (Dirigiéndose á la cómoda.) ¡Ah!... Te voy á dar los palcos del alcalde y del juez, para que se los lleves por la mañana. (Saca dos sobres de la cómoda y se los entrega.)

FER. ¿Y las entradas de los músicos?

SEV. No las necesitan.

FER. Convendría que las llevaran para evitar abusos en las puertas.

SEV. No; ya les he dicho que entren por la del arrastre, donde estaremos uno de los dos. (Dándole amistosas palmadas en el hombro.) Vamos á fumarnos un cigarrillo antes de entregarnos al reposo y te hablaré de un asunto que me tiene muy preocupado hace algunos días.

FER. (Echándole el brazo por el hombro.) ¿Preocupado tú, y no me has dicho nada?

SEV. (Sentándose en la butaca.) A eso voy, siéntate. (Fernando toma una silla sentándose á su derecha. Sevillanito, recalcando la frase.) Dentro de un mes me caso.

FER. (Con extrañeza.) ¡Tú!...

SEV. (Levantándose.) ¡Yo! ¿Es que no puedo hacer lo que haga otro hombre?

FER. (Riéndose.) No; no es eso. Yo creo que tú eres un hombre como los que lo somos. Mi extrañeza es por que como tú has sido siempre refractario al casamiento y llevas una vida tan desordenada, te creía imposible de ser una personilla que se adaptase á la sujeción que exige el lazo del matrimonio. Pero siendo verdad lo que me dices, desde este momento le doy la enhorabuena á tu prometida, por estar convencido de que serás un modelo de esposo como lo eres de tus amigos. Pero, vamos á ver, explícate; porque todavía no me has dicho quién es tu novia.

SEV. ¡Toma! Como tampoco te he dicho que eres un primo.

FER. ¿Yo un primo?

SEV. (Sonriéndose.) Sí, un primo... mío; porque mi futura es tu prima.

FER. ¿Te refieres á María?...

SEV. (Con entusiasmo.) Sí, á María; que en los pocos días que llevo de conocerla, me ha sacado el corazón de su sitio y no me hallo más que bajo el cariñoso amor de su persona; y créeme, mi querido Fernando, que ha llegado la hora de complacer á mi madre, que ya es muy viejecita, y no quiero que se vaya á la tierra con la pena ~~de verme guiado por la senda del vicio~~. Hoy mismo me declaro á tu prima... Supongo que iremos á tu casa antes de los toros.

FER. Con mucho gusto.

SEV. Vamos á ver. ¿Qué te ha parecido mi elección?...

FER. ¿Que ha de parecerme? Que has escogido un ángel del cielo... ¿Y tú sabes si ella asentirá á tu ~~declaración?~~

SEV. Ella y yo somos ya dos almas presas en una misma celda; pero no en la celda lóbrega y obscura donde van los desgraciados, sino en la del amor, donde se aspira el rico aroma del cariño. ¡Cómo no ha de asentir, si sus ojos me dicen que soy yo el hombre á quien ella ama!

FER. (Aparte.) Es verdad; así me lo ha manifestado. (Alto.) Bueno; luego iremos á casa para que te declares á mi prima, *querido primo*, porque ahora el primo resultas tú (Sonriéndose.) según las vulgaridades de la vida. Te advierto que andes con cuidado por el pueblo porque si te tropiezas con el que la corteja...

SEV. ¿Con quién? ¿Con Curro el Guapo?...

FER. El mismo.

SEV. (Cogiéndose la cara.) Pero hombre; ¿tú no te has fijado que yo soy más guapo que él?

FER. (Con indiferencia.) ¡Bah! Es un imbécil.

SEV. (Fijando la vista sobre la mesa y cogiendo una carta y un telegrama.) Carta de mi pobre madre... y este telegrama, será sin duda de Antonio León. ¿Cómo habrá salido en Madrid?... (Abre el telegrama y lo lee para sí: al momento se lleva la mano derecha á la cabeza.) Sí, ¡qué barbaridad!... Toma, lee.

FER. (Coge el telegrama y lee en voz alta.) «Lolito, cogido primer toro al entrar á matar; cornada ingle derecha, penetróle cuerno vientre; quedó muerto brazos monos-sabios. Estoy disgustadísimo; llegaré mañana madrugada, Antonio.»

SEV. ¡Qué mal rato habrá pasado mi amigo Antonio!...
FER. ¡Vaya con el gusto que va á torear mañana!...
SEV. Figúrate, el pobre.
FER. ¿Es muy amigo tuyo?...
SEV. Mucho. Mira si tendremos amistad, que aún no hemos hablado de lo que ha de ganar aquí. Ya verás qué muchacho más simpático. (Abre la carta y lee en alta voz.) «Querido hijo: ayer recibí la tuya en la que me hablas de tu casamiento y me satisface; pero deseo verte, espero vengas, aunque te marches en seguida. ¿Vendrás?... Tu madre que te adora, Rosa.» (Pone la carta encima de la mesa.) ¡Qué buena es y qué contenta se habrá puesto con mi nueva!
FER. Bueno, ya hablaremos de eso más despacio (Sacando el reloj.) porque son nada menos que las cuatro de la mañana. A las nueve vendré á despertarte. Tú no te levantarás antes.
SEV. Sí, es buena hora.
FER. Hasta luego Que descanses. (Vase.)
SEV. Adiós, Fernando. (Toma la palmatoria, yéndose por la puerta del fondo.) ¡No se me quita del pensamiento la muerte de ese pobre muchacho! (Queda todo el escenario con la luz propia del amanecer del nuevo día.)

ESCENA II

TERESA y PETRA

TER. (Entra al departamento de la izquierda por la puerta del fondo.) Ya es preciso levantar á esa chica, que los toreros vendrán pronto (Gritando.) ¡Petrica!... ¡Petrica!... ¡Levántate! ¡Anda arriba!...
PETRA (Depertando sobresaltada.) ¡Qué! ¡Qué! ¿Qué es eso?...
TER. ¡Náa! Pus no paese más quias cometío algún crimen. ¿Qué te pasa, chica?...
PETRA (Sentándose en el sofá y restregándose los ojos.) No me pasa ná; pero estaba soñando con una vaca, y al verla á usted.....
TER. ¿Qué, soy yo alguna vaca?... ¡A ver si te doy una morrá!...
PETRA No, pero como estaba dormida, soñando con las vaquillas de ayer tarde, creí que me cogía una y me metía el cuerno...
TER. ¿Cuerno, eh?... ¡A ver si yo te doy á ti cuerno!... Anda, que los toreros vienen en automóvil, llegarán pronto y hay que tener las camas listas.
PETRA Si ya están las camas arreglás.

TER. Bueno, pues ponte á hacer el café que querrán tomarlo. (Vase Petra por la puerta del fondo; Teresa se dirige al aparador, tomando varios vasos con sus platillos y cucharillas, que colocará en la mesa debidamente distribuídos.) Estos malditos toreros no pagan más que un día y dan más ruido que un batallón; pero los tengo en casa para que no se los lleve la señá Dolores y rabie.

PETRA (Entrando por la puerta del fondo.) Ya se está haciendo el café. ¡Tanta prisa y sabe Dios cuando vendrán. (Teresa hace mutis por la puerta del fondo.) (Con alegría.) ¡Ay, qué ganas tengo que vengan pa que me digan esas cosas tan dulces y con tanta gracia como me las decían los del año pasao! (Dentro suena una bocina de automóvil.) ¡Ya suena la trompeta de onde vienen! (Asomándose á la puerta del fondo.) ¡Sí, ya están ahí!

ESCENA III

DICHA, ANTONIO, CURRO, MANUEL, JUAN, FRASQUITO y coro de chicos del pueblo. Todos entran por el fondo del departamento de la izquierda. Aquéllos vienen vestidos con guardapolvos de automovilistas color marrón y gorras de viaje. Curro, que no trae guardapolvo, llevará al hombro un fundón de estoques y en la mano un lío de capotes de brega. El coro entrará precipitadamente y con algazara, en dos grupos, y á la vista de los toreros hará demostraciones de curiosidad y asombro.

Música.

(Parte del coro, que ha entrado con los toreros, simulando llamardes de la puerta á otros compañeros que fuera arman algazara.)

Pronto, muchachos,
venid, venid,
que los toreros
ya están aquí.

(Resto del coro entrando en tropel.)

Veamos los toreros,
decidnos donde están.

1.er GR. DEL C. (Señalándolos con la mano.)
Son esos que aquí veis.

2.º GR. DEL C. ¡Jesús qué atrocidad!
¡Decir que son toreros
unos frailes que acaso
vendrán como otras veces
al pueblo á predicar!

1.e GR. DEL C. ¡Qué frailes ni ocho cuartos!
Son diestros de verdad,
que todos esta tarde
veremos torear.

ANT. ¡Qué niños tan pesados!

FRASQ. ¡Qué lata que nos dan!

MAN, CURRO, JUAN Y RAFAEL. (Mirándose los guardapolvos.)
Viéndonos de este modo
la cosa es natural.

CORO GENERAL Sería chistoso,
tendría que ver
que así salieran
al redondel.

PETRA Luego en la plaza,
pa torear,
sus jarapillos
de buen torzal,
con plata y oro,
tóos lucirán.
Ahora muchachos,
marcharse ya,
que los toreros
qui'en descansar.

CORO GENERAL (Marchando lentamente por el foro.)
Que vivan los toreros
llegados de Madrid,
á quienes esta tarde
iremos á aplaudir.

CURRO (Que habrá dejado en un rincón el lío de capotes, se apoya en el fundón de estoques, puesto por la cabeza en el suelo, y demostrando cansancio.)
¡Válgame Dios, qué cansancio!

ANT. Pero llegamos al fin
sin tropiezos ni percances,
de un tirón desde Madrid.

JUAN ¡Qué demonio de automóvil!

MAN. ¡Si parecía un ciclón!

RAF. ¡Qué bien tomaba las curvas!

TODOS ¡Qué vértigo tan atroz
se sentía en su carrera!

CURRO No me he podido enterar
de los pueblos recorridos,
con tanta velocidad.

TODOS Si los toreros de antaño
nos vieran viajar así,
horrorizados de miedo
se volvían á morir.

Hablado.

ANT. (Dirigiéndose á Teresa.) ¡Vamos á ver, muchacha! ¿Cuáles son nuestras habitaciones?

PETRA (Señalando el primero, segundo y tercer términos.) Esas tres. (Todos se van quitando los guardapolvos y airosamente los van echando á la cabeza de Petra, la que los recogerá esquivando los golpes.)

ANT. Anda, lleva esos disfraces al automóvil y entrégaselos al *chofer*.

PETRA Está bien. (Recoge todas las prendas y váse por la puerta del fondo. Antonio se sienta al lado de la mesa, espalda al foro; Juan toma una silla y siéntase proscenio izquierda, apoyando el brazo derecho en el respaldo de la silla con la mano puesta en la mejilla en actitud pensativa; Frasquito queda de pie al lado izquierdo de Juan; Manuel y Rafael se sientan á la derecha é izquierda de Antonio, y Curro en el sofá.)

ANT. Señores, mucho correrá el exprés; pero ese demonio de automóvil no se queda atrás.

CURRO ¡Como que hemos traído una marcha de trescientos mil kilómetros por hora!

ANT. ¡Qué polverío hay en estos llanos de la Mancha y qué ganas tengo de descansar!

CURRO A ver si esta muchacha nos da el café y nos acostamos.

ANT. ¡Oye! ¿Esos estoques los afilarás antes de acostarte?

CURRO Sí, ya los arreglaré.

PETRA (Entrando por la puerta del fondo.) Ustedes querrán tomar café.

CURRO Po ya lo creo, salero; tráetelo cuanto antes.

PETRA Pus ahora mesmo. (Váse.)

MAN. ¡Qué noche tan hermosa ha hecho! Parecía que era de día

CURRO Estas noches así eran las que empleaba D. Quijote pa su javentura.

MAN. ¡Oye! A mí man dicho que ese hombre se peleaba hasta con los molinos de viento, y los molinos al verlo se quedaban paraos de miéo.

CURRO (Con guasa.) ¡Como que era un hombre terrible! (Manuel admirado hace movimientos de cabeza. Petra entra por la puerta del fondo con dos cafeteras y llena los vasos. Todos se aproximan á la mesa menos Juan.)

ANT. Juan, ¿tú no tomas café?

JUAN No tengo ganas, Antonio.

ANT. Anda, hombre, no seas tonto; toma café y no

pienses más en eso, que tu mujer saldrá bien del paso, gracias á Dios. (Juan se acerca á la mesa y lo toma.)

FRA. ¡Niña, este café está frío!

PETRA Pues no sé cómo será eso, porque lo acabo de hacer ahora mesmo.

MAN. (Levantándose.) ¡Si está que pela!

CURRO (A Petra.) Es que el señor Frasquito tiene la tragaera de acero. (Al concluir, todos vuelven á ocupar sus sitios, menos Manuel que se colocará en el proscenio de la izquierda, liando un cigarro. Petra quedará recogiendo el servicio.)

ESCENA IV

DICHOS y LUIS

LUIS (Entra por la puerta del fondo del departamento de la izquierda braceando airosamente; se coloca á la izquierda de Manuel haciendo un desplante con los brazos y los pies; se pone la mano izquierda en la cintura, señalando tres dedos con la derecha á Manuel.)

¡Tres!...

MAN. ¿Tres qué?

LUIS ¡Tres novias que me han salido ya en el pueblo!

MAN. ¡Pero qué infundioso eres! ¿Cómo te van á salir esas novias si toavía no hay nadie por las calles?

LUIS ¿Que no hay nadie por las calles?... ¡Babieca!

MAN. ¡Ah, sí!, dispensa. No sabía que te dedicabas ahora á las burras de leche. (Todos se ríen, menos Juan.)

LUIS (A Petra.) ¡Niña! ¿Pero yo no tomo café?

PETRA Ahora mesmo se lo voy á traer calentico. (Cogiendo las dos cafeteras de la mesa.) ¿Lo quiere usté con leche?

LUIS (Con retintín.) ¿Con leche, niña? Solo, hija, solo. (Váse Petra por el fondo y Antonio por el segundo término.)

FRA. (A Rafael, con guasa.) ¡Oye, niño! ¿Por qué no te echas ya á la calle á buscar á los amigos pá darle coba? (Rafael lo mira y vuelve á su actitud.)

JUAN (A Frasquito.) Señor Frasquito, no se meta usté con Rafaeliyo, que se le va arrancar el día menos pensao.

FRA. ¿Arrancáseme?... Una gofetá le doy que va tené que í por la cabeza á Fernando Pó.

JUAN Bueno, usté ayá. (Petra entra por la puerta del fondo con un vaso fino de café, fácil de romperse al caer al suelo, platillo y cucharilla, y se dirige á ponerlo en la mesa.)

LUIS Mira, tráelo aquí. (Petra va á entregárselo, colocándose á su derecha.) No, no; voy á tomar el café á lo pari-

sién. Tú tienes el vaso, me sirves de mesa, y el caballero... (Señalándose con la mano al pecho.) se toma el café.

PETRA Bien; como usté quiera.

LUIS (Toma el café á pequeños sorbos sin tocar el vaso, y en los intervalos saca un cigarro y lo enciende. Petra sigue todos los movimientos con la vista y todos prestan atención.) Oye, ¿tú por qué tienes esa cara tan gitana?

PETRA ¡Ay! ¿La tengo sucia?

LUIS ¡Qué has de tenerla sucia, mujé! Lo que tienes son dos ojos que están diciéndome: cómame, señorito; porque yo soy tu señorito.

PETRA Ya lo creo, y un señorito muy simpático.

LUIS ¡Grasia, niña!... (Con viveza.) ¿Tú tienes novio?

PETRA ¿Yo? No.

LUIS ¿Te quiere casá con un torero?

PETRA ¡Ojalá cayera esa breva!

LUIS ¡Pum!... Ya cayó, ¡aquí me tiene ja mí!

PETRA ¿Usté?...

LUIS Yo, sangre mía.

PETRA Usté tendrá novia, y será más bonita que yo.

LUIS Yo no tengo más novia que tú, mancheguita de mi alma, y dentro de pocos días vamos á jestá casaos. Verás tú como se pasa la vía en Sevilla; porque nos jiremos ayí. (Petra sonríe ruborosa.) Ya te estoy viendo á mi vera, con tus flores en la cabesa, lusiendo un mantonsillo de aquellos, entrá por la puerta de la Catedrá, que van á tener que agrandarla porque no vamos á cabé, y ya me estoy viendo salí después de casao diciendo con el pensamiento: de este quesito manchego, ¡no come nadie más que yo! (Al terminar la frase, dirigirá la mirada á la cintura de Petra.) Te advierto, que en el momento de llegá á casa, allí ni hay juerga ni ná, sino una copita de manzanilla en pie y tóo el mundo... (Tocando el palillo con la mano derecha) á pirá. Verás tú, niña mía, qué cuarto más bonito el de nosotros, qué cama más lujosa y con qué coraje te voy á quitá el ramo de asahá del pecho. (Al terminar la frase, hará una demostración con la mano derecha hacia los pies de Petra, dando media vuelta hacia el mismo lado, sonando el palillo con los dedos.)

PETRA (Hará un movimiento brusco de retirada, dejando caer el vaso, que se romperá, quedándose con el platillo en la mano.) (Con marcada malicia y vivacidad) ¡Ay!... ¡Ya lo rompió usté!

LUIS (A Manuel.) ¿Tú ve? Ya cayó la niña.

MAN. Sí, Tenorio. (Petra recoge los vidrios, los coloca en el plato y hace mutis por el fondo.)

LUIS (Accionando para el público, como si fuera á dar una estocada, ¡Ay! ¡Cuando yo sea mataó!...

MAN. ¡Eso no pué sé!

LUIS ¿Por qué?

MAN. Porque tú te tiras á matá e nel río, y pincha en güeso.

LUIS Hombre, ¡qué gracioso eres! ¿Por qué no le dises eso al mataó?

MAN. Porque sería fatarle al respeto y el mataó siempre é el mataó?

LUIS ¡Ah! ¿Entonces yo pa ti no soy nadie?

MAN. Sí; tú eres... (Con rapidez y energía.) ¡un sinvergüensa que no tiene ni chispa de amor propio! Porque si lo tuviera, no regarías toas las tardes la plasa con banderillas, como la riega.

LUIS Mira, Manolo; déjame de consejos, porque el toreo, después de tóo, únicamente lo necesito yo pa resibí impresiones... y éstas lo mismo se reciben oyendo una gran ovación que una pita fenomenal con maldiciones á la familia.

MAN. ¡Ay! ¡Si tuviá que comer de él!

LUIS Entonces me estrecharía con los toros y haría lo que hay que haser, porque creeme tú á mí, Maolillo, el que lo sabe lo hase. Pero, en fin, no hablemos más de toros, porque se me viene al pensamiento la muerte del Lolito y no va haber en el mundo quien me haga arrimá esta tarde. (Con energía.) ¡Vamos á hablar de mujeres! Estuve el otro día en Madrid con Pepilla la cupletista y ¡vaya una muchacha graciosa! Me dedicó un cuplé. ¿Le quiés oir? Ahora verás.

Música.

LUIS.

Una tarde fuí á los toros
á ver banderillear
á un torero
pinturero
que así puso el primer par:

Hacia el toro fué derecho
y de lejos lo citó;
luego andando,
y alegrando,
el par en la cruz clavó.

Al repetir en su turno
dijo, volviéndose á mí
el torero
pinturero:
este par, ¡vaya por ti!

De nuevo se fué hacia el toro
como los valientes van,
y parando,
y alegrando,
al bicho intentó cambiar.

Movió el toro la cabeza,
ligero se le arrancó,
y el torero
pinturero
al cambio se las prendió.

Ese torero
¡Ole que sí!
tan pinturero,
era Luis.

MAN. En cuanto llegue á la corte
á Pepiya voy á vé
pa desirle que me cante
los cupleses
que ella canta en el café.

Que me baile aquellos tangos
que trastornan el magín,
y se marque el molinete
de ese modo
que me jase á mi tilín.

Si la gachí toma varas,
á ponérselas voy yo,
porque tengo una garrocha,
que se cimbra,
de majagua superió.

Si achucha, me tiene encima
con el palo en actitú
de largarle dos puyaso
de primera
en la misma, misma crú.

(Haciendo ademanes de picar.)

De la custión de las puyas
yo no tengo na que hablá:
la mía es de reglamento,
y con ella
toas las reses puéo picá.

LOS DOS (Bailando.)
¡Ole, salero!
¡Venga de ahí!
¡Viva mi niña!
¡Viva Madrid!

Hablado.

RAF. (Se acerca al lado de Frasquito. Todos le miran con asombro.) Señor Frasquito, ¿va usté á hacerme el favor de no dirigirme más la palabra?

FRA. Como quieras, niño: si yo lo que deseo es no verte.

RAF. El que no quiere verle, soy yo; porque el día que vuelva á decirme una de esas estupideces que usté acostumbra, como la que me ha dirigido antes, voy á verme precisado á no respetarle más. y á decirle que soy mejor torero que usté, y más hombre; y en cuanto á la crítica que siempre trae conmigo de que si visto de señorito, yo visto como las personas, no como usté, que tiene más edad que un loro y debiera darle vergüenza de ir luciendo tanto las formas. (Con sorna.) Sin duda, por no perder el corte de torero. ¡Menos chaquetilla corta y más bien puestas las banderillas, que deja usté tós los toros sordos!

FRA. Descuida, niño, que no te hablaré más.

RAF. (Vuelve á su sitio riéndose, haciendo un movimiento con la mano, como despidiéndose.) Hasta la vista, señor Frasquito,

ESCENA V

DICHOS, ANTONIO y PETRA

ANT. (Saliendo por el segundo término y dando una palmada.) ¡Muchacha!

PETRA (Sale por la puerta del fondo.) ¿Qué quié usté?

ANT. ¿En qué cuarto está el Sevillanito?

PETRA Aquí al lao del correó. ¿Quié usté algo más?

ANT. No, hija. (Váse cada uno por donde entraron.)

CURRO Manoliyo, esta tarde se va á lidiar el toro que nos dió el achuchón el año pasao en el serrao.

MAN. A ese le viá dá yo un puyaso que lo viá partí por la mitá. (A Luis, mirándose la ropa.) Lo que paese mentira, que hayamos atravesao tanto porvo por eso campos y no nos jaya calao á la ropa.

LUIS Pero hombre, ¡no seas bruto! ¿Tú no ves que esas vestimentas que nos hemos puesto estaban herméticamente cerradas?

MAN. Oye, y eso de reméticamente ¿qué es?

LUIS ¿Que qué es?... Cuando tú has pasado un temporal en la má ¿no has visto como se mete el vapor por debajo de las olas, y sin embargo, el agua no cala abajo? Pues eso es porque las escotillas están herméticamente cerradas, y por eso los buques no pueden irse á pique.

MAN. Y el *Reina Regente*, ¿por qué se fué?

LUIS (Como rehusando la conversación.) Ese se fué en el Mar Negro.

MAN. ¿Y cómo el agua de la má es azul y aquélla era negra?

LUIS (Desesperado, con energía.) ¡Porque una vez iba por allí un barco cargao con tinta china, se fué á pique y se puso tóa el agua negra! (Manuel se queda pensativo moviendo la cabeza.)

MOZO (Asómase por la puerta del fondo con un telegrama en la mano.) ¿Juan González, picador de toros?

CURRO (Recogiendo el telegrama, y con tono alegre.) ¡Juan, telegrama! (Váse el mozo.)

JUAN (Levantándose rápidamente, recoge el telegrama y después de mirarlo el tiempo prudencial para su lectura, se lleva la mano derecha á la frente mirando hacia arriba.) ¡Grasia ja Dio!... (Todos le miran con atención. Lee en voz alta.) «Niño hermoso; estamos bien; te abrasa tu esposa Ana». (Se guarda el telegrama y todos le dan la mano felicitándole.)

LUIS Vamos, ¡ya estarás contento!...

JUAN ¿Que si estoy contento? Como que le prometo á ustedes que en cuanto lleguemos á Sevilla voy hacer lo que nunca he hecho: ¡emborracharme!... Estáis convidaos tóos á cincuenta botellas de manzanilla en la venta Eritaña, y vamos á tener la mejor juerga der mundo. (A Luis.) Pero sin mujeres, ¡eh!...

LUIS ¡Eso sí que no pué ser! Pa eso mejó l'armamo en tu casa. No jetamos tóa la noche bebiendo y por la mañana temprano, que tendremos apetito, cogemos al niño, lo asamo y nos lo comemos.

JUAN No seas guasón, y no me des bromas con mi niño. (Distráese pensativo, mirando al suelo hacia la derecha y como si estuviera hablando con su hijo.) ¿Tú?... ¿Torero tú? (To-

dos le miran con atención.) ¡Chiquillo, no me digas eso!... antes te parto las piernas. Tú serás... sí, eso: cura mejó que ná. ¿Tú quieres que tu pobre madre no acabe nunca de sufrir?... ¿Eh?... ¡Si se acaba la torería, que se acabe! ¡Pa la farta que hace!

TODOS (Avanzando hacia Juan en son de protesta.) ¿Eh?

LUIS (Echándole el brazo por encima.) Pero Juanillo, ¿tas vuelto loco?

JUAN Sí; ¡estoy loco... de alegría! Ya me parece que le estoy viendo, con aquella cabecita rubia llena de tirabusones, su narisita un poco chatilla, sus jorejitas tan monas, con una barba reondita, y do sojaso negro que no le caben en la cara; con su brasito torneao, sus pies muy rechiquititos... (Con intención) y ¡con una cosa... (Llevándose despacio la mano derecha á la cara) en la cara, que no tiene comparación su gracia!

LUIS Bueno, tranquilízate. Ya lo veremos á nuestra llegada á Sevilla, á ver si es verdá tóo eso que tú te imagina.

ESCENA VI

DICHOS y ANTONIO por el segundo término.

JUAN (Á Antonio con entusiasmo y tratando de sacar con rapidez el telegrama del bolsillo, pero sin llegar á sacarlo.) «Niño hermoso; estamos buenos; te abraza tu esposa Ana».

ANT. Pero, ¿qué dices, hombre?

JUAN Que tengo un niño más bonito que tóo lo que hay en el mundo.

ANT. Vaya, que sea enhorabuena. (Todos bajan al proscenio.) Vamos á ver, y ¿quién va á ser el padrino de esa criatura?

JUAN ¡Quién va á serlo más que mi mataó!

ANT. Y la mataora, la madrina.

LUIS (Aparte á Juan.) Oye, pregúntale qué mataora va á ser, porque ese se refiere á la madrileña.

JUAN (Rascándose la cabeza, como pensativo.) Oye, Antonio; pero tú á qué mataora te refieres, á la de Sevilla (Con intención) ó á la de Madrid.

ANT. (Cono molestado.) Esas cosas no se preguntan. ¿Tú crees que yo soy capaz de introducir en una casa honrada á quien no le pertenece? La madrina será la que tiene el derecho: ¡mi mujer de mi alma!

JUAN Si ya me lo presumía yo, Antonio; pero este

Luis... (Luis sube al foro y Juan le mira haciendo un movimiento de cabeza.) Bueno, Antonio, ¿me perdonas la pregunta?

ANT. Sí, hombre; no seas tonto. Ea, muchachos, á descansar. (Váse por el foro, Juan y Luis por el primer término y los demás por el tercero.)

ESCENA VII

SEVILLANITO por el fondo del departamento de la derecha. Luego ANTONIO por la derecha.

SEV. No he podido dormir pensando en ese pobre muchacho.

ANT. (Entrando.) Hola, Pepe, ¿cómo estás?

SEV. Bien, ¿ y tú? (Se abrazan.)

ANT. Yo, con el pellejo, que no es poco.

SEV. Vendrás muy cansado ¿verdad?

ANT. ¡Calcula! Después de la corrida, el paseito en automóvil.

SEV. Vamos, siéntate, y cuéntame lo ocurrido.

ANT. (Toma asiento en la butaca; Sevillanito siéntase á su izquierda.) ¡No puedes tener una idea de lo que he sufrido!

SEV. Me lo figuro.

ANT. Tú conoces mi amistad con el administrador de Collantes. El Lolito era ahijado suyo; parece que había toreado cuatro corridas en Sevilla, armando una verdadera revolución entre los aficionados, por su valentía. Cuando concluí de torear el domingo antepasado en San Sebastián, recibí telegrama del administrador manifestándome deseos de que le diera ayer la alternativa al muchacho; luego recibí otro del empresario de Madrid con la misma pretensión; estuve por contestarle á los dos no accediendo á sus peticiones; pero después de recapacitarlo, comprendí que el negarme no les caería bien á nuestros paisanos y les dí mi conformidad. Yo no lo conosía. Lo vi por primera vez á la hora de empesá la corrida; era un joven agradable, de buena figura; me tendió su mano, y con las palabras características de un neto sevillano, me demostró su agradecimiento.

También, me pidió el empresario de Madrid le diera ayer la alternativa

Sonó el clarín y nos dispusimos á hacer el paseo. El primer toro fué chico, revoltoso; en los quites anduvo el Lolito algo embarullao; cuando llegó la hora de matá, le entregué los avíos y le dije: «Hay que tener cuidao con el toro», y me contes-

tó: «Yo lo arreglaré». Se fué para él, y me precipité á pegarme al pico de su muleta: volvió la cara y me dijo: «¡Dejemosté solo!» Le dió seis ú ocho pases dentro de su terreno y estando el toro desigualao se deside á entrar á matá; fuí á quitárselo y me gritó con coraje: ¡¡Fuera!!... El público se me vino ensima y me retiré. Lió, y con una valentía descomunal, se dejó ir detrá del estoque; realizándose en un instante lo que yo me imaginaba. Una masa se hicieron lo do; un tumbo pegaron juntos; la agonía les ayudó á separarse; estiraba el toro sus remos perdiendo la vista, mientras el Lolito juntaba la rodilla con la barba, exclamando: ¡ay! Un segundo tardó en que recogieran los monos sabios á aquel desgraciao de la arena; rápidamente lo condujeron á la enfermería; el pobre Lolito... ¡Ya no habló más!... Yo me quedé impávido; derramé la vista sobre el tendido y en la cara de los espectadores se veía pintada la nerviosidad de la emoción. Un toque de clarín hísome desechá de pronto aquella idea desgarradora que navegaba en mi mente; el público se levantaba de sus asientos en actitud de abandonar la plaza; pero la presencia de un animal retinto y con libras hizo detener á los espectadores; en aquel momento se levantó un terrible polverío que dejó convertida la plaza en una inmensa obscuridad en la que apenas nos veíamos; el toro parecía tener algo extraño; toda su gallardía quedó convertida en cobardía... ¡si era de Miura! Moviendo la cabeza y desafiando, se defendía en las tablas; un capotazo de Rafael hízome reconocer sus malas intenciones; entramos de lleno en la lidia, tropezando con no pocas dificultades, que fueron vencidas, gracias á Dios. El resto de la corrida se echó fuera como se pudo, sin protesta del poco público que quedaba. Volvió á renacer en mi mente el recuerdo del Lolito; me dirigí á la enfermería, donde presencié un cuadro triste; me acerqué á la cama del difunto. le cogí su ensangrentada mano, sintiendo en ella una piel fría como el mármol; su rostro, color trigueño, no desmerecía del de ningún sér viviente; sus entreabiertos ojos parecían indicarme su pesar por no haberme llevado el toro. Las amarillentas luces que alumbraban aquella triste escena, ayudaban á contemplar el inanimado cuerpo del que minutos antes llamaba la aten-

sión de doce mil almas; su apagada vista se clavaba en la mía aterrorizada, y las piedras de su nuevo vestido parecía que me miraban, como diciéndome: ¡por qué no se lo quitastes!....

SEV. ¡Pobre muchacho!...

ANT. ¡Y pobre familia! Temiendo estoy mi llegada á Sevilla, por lo dolorosa que va á serle mi visita.

SEV. (Echándole el brazo por encima.) No hablemos más del asunto. Esta tarde á echar la corrida fuera de cualquier modo, y á ver á tu familia, que ya hará tiempo que no la ves.

ANT. Tienes razón. Hasta luego. Voy á ver si puedo descansar un rato. (Se dan la mano.)

(Telón rápido. Mutación é intermedio musical.)

CUADRO SEGUNDO

Habitación de una casa rica de pueblo. En el centro del fondo, puerta grande en forma de medio punto y en su hoja derecha un postigo rectangular; encima un tirador con campanilla á la escena. Testero fondo izquierda un estante. Primer término derecha, puerta chica figurada, también de medio punto. En primero y tercer términos izquierda, dos puertas de habitaciones y entre ambas una mesa de escritorio con tres sillones de cuero, pegado uno al testero y los otros á derecha é izquierda; sobre la mesa libros, papeles y recado de escribir. En el centro de la escena un velador con una canastilla de costura y dentro de ella una madeja de hilo; dos sillas, una á su derecha y otra á la izquierda. En la pared y al lado derecho de la mesa un reloj grande de péndola. En el resto de la escena, muebles y cuadros en consonancia y de estilo antiguo. Decorado, amarillo muy obscuro.

ESCENA PRIMERA

DANIEL, MARÍA, AGUSTÍN y DOROTEA, por el primer término izquierda.

María aparece sentada al lado izquierdo del velador; desenredando una madeja de hilo; Daniel sentado en el sillón del centro de la mesa; Agustín sentado á su derecha.

MARÍA (Volviendo la cara hacia la mesa.) Primo, ¿me quieres tener un momentito esta dichosa madeja, que no puedo desenredarla?

DAN. Ahora no puede, niña, que estamos muy ocupados con las cuentas.

AGU. Espera un momento, que acabamos pronto. (A Daniel.) Tío, esta partida está sin cargar réditos.
DAN. ¿Cómo es eso?
MARÍA (Murmurando.) ¡Siempre los malditos réditos!
AGU. A no ser que al darle usted el dinero á la Tomasa le desquitara los intereses.
DAN. A ver, mira qué cantidad se le entregó.
AGU. (Consultando un libro.) Mil doscientas pesetas.
DAN. Sí, sí; ahora recuerdo que se los desquité. Anda, ve y ayuda á la niña. (Vase por el tercer término.)
AGU (A María.) Vamos á ver, ¿qué quieres?
MARÍA Siéntate aquí. (Agustín toma una silla y se sienta á su derecha, colocando las manos abiertas en actitud de recibir la madeja. María, haciendo ademanes con la cabeza.) No, hombre; ponte más acá.
AGU. (Se acerca más á ella.) Yo me pongo todo lo cerca que tú quieras, Mariquilla mía.
MARÍA (Como molestada.) Mira, si vas á empezar con tus bromas, vete y continúa con tus cuentas y tus tantos por ciento; ya sabes que no me gustan las bromas.
AGU. No, mis cuentas no; las del tío. (Con tristeza.) Que cada vez que tengo que quitarle el sesenta por ciento del dinero que presta á esos pobres infelices se me parte el alma de pena. (María le coloca la madeja en las manos.)
MARÍA (Sonriendo.) Pero, primo, si según él, el dinero que presta es de tu capital.
AGU. Apañado es nuestro tío; tú sabes que no es así; pero si así fuera, yo te juro que á mi mayor edad únicamente aceptaría los bienes que me dejó mi difunto padre, ganados todos con su trabajo. No me digas más eso, querida prima, porque me pones de mal humor.
MARÍA ¡Si es una broma, tonto!
AGU. Bueno, vamos á hablar formal.
DOR. (Se acerca al velador, dirigiéndose á Agustín.) Sí; vamos á hablar formal. ¿Cuándo me vas á devolver los cinco duros que te di el domingo?
AGU. (Volviendo la cara hacia Dorotea y juntando las manos.) No te ocupes de eso, Doroteita.
MARÍA (Incomodada.) Pero hombre, ¿tú has venido á ayudarme á desenredar ó á enredar?
AGU. (Suelta la madeja encima del velador y coge con la mano izquierda á María y con la derecha á Dorotea.) Mira, luego la desenredaremos. (Bajan hacia el proscenio.) Ven, que voy á arreglar mis cuentas con Dorotea, porque tengo compromiso esta noche con unos amigos y.....
DOR. ¿Y qué, me vas á pedir más dinero?

AGU. Es natural. Cuando se ajustan las cuentas, se redondean las cantidades.

DOR. Sí, y no se pagan nunca.

AGU. Pero, ¿no te pago con el cariño que te tengo? Y después de todo, ¿para qué quieres tú el dinero?

DOR. Para guardarlo, ya que entre tú y tu hermano me habéis gastado todos mis ahorritos, ganados en cuarenta años á vuestro servicio... (Con mimo á María.) Y tú también, picarilla, con tus moñitos y chucherías.

MARÍA Es verdad; pero dice bien Agustín. ¿Qué falta te hace el dinero? ¿No nos tienes á nosotros, que gracias á Dios no carecemos de él?...

DOR. (Con tristeza.) Sí; pero yo hubiera querido tenerlo para que á mi muerte me heredaran ustedes.

AGU. (Abrazándola y con tristeza.) Mira, Dorotea, no digas eso, porque no me gusta oírtelo. ¡Ea, dame un abrazo... cinco duros y te debo diez!

DOR. ¿Nada más que diez?

AGU. ¡De ahora, mujer!

DOR. Bueno, ¡te los daré, pillastre! Pero créeme que esto me disgusta, porque aquí la que sale más perjudicada es esta pobrecita, y para mí sois todos iguales.

MARÍA ¡No seas tonta! ¿Tú no sabes que ellos son como si fueran mis hermanos? (Abrazándola.) Ocúpate tú de vivir mucho, que es lo que nosotros queremos. Te advierto que cuando voy á ser exigente con mis primos será cuando me case, porque entonces te vendrás conmigo.

DOR. No me hables de eso, que el día que tenga que separarme de alguno de vosotros, ese día, me muero. (A Agustín.) ¡Anda, bribonzuelo, ven para darte los cinco duros! Pero te advierto que me los has de pagar ¿eh?

AGU. (Cogiéndola de la mano y marchándose por el primer término de la izquierda.) Descuida, que antes del domingo te los devolveré. (Vánse, suena la campanilla y María abre el postigo.)

ESCENA II

DICHA. FERNANDO y SEVILLANITO, por el fondo.

FER. (Cogiendo de la mano á María y avanzando hacia el proscenio.) Ahí le tienes, loco está por ti.

MARÍA (Aparte.) Más lo estoy yo por él.

Música.

SEV. (Que se ha quedado á la puerta.)
¿Hay permiso para entrar?
MARÍA Adelante, sí, señor
(Sevillanito entra y se aproxima á María.)
FER. (Aparte y haciendo mutis por el primer término de la izquierda.
En los asuntos de amor,
el onceno no estorbar.

SEV. Yo quisiera pintar con los colores
que finge la ilusión,
esa llama que alienta mis amores
dentro del corazón.

Y quisiera expresarte, vida mía,
contemplándote aquí,
lo que sueña mi loca fantasía,
lo que siento por ti.

Al admirar, absorto, tu belleza,
mi ardiente amor nació,
y el corazón entonces con viveza
por ti sólo latió.

No mates de este amor las ilusiones
con tu fiero desdén,
ni á quien tanto te adora le abandones,
¡mi amado y dulce bien!

No trueques tú mi dicha en desventura,
y ten de mí piedad,
porque yo, que te adoro con locura,
merezco tu bondad.

MARÍA Yo quisiera también pintarte ahora,
cediendo á la emoción,
los grandes sentimientos que atesora
mi herido corazón.

Y expresarte quisiera, Pepe mío,
al contemplarte aquí,
que ya es mi amor ardiente desvarío
solamente por ti.

Posándose en mis ojos tu mirada,
mi puro amor nació,

y en silencio me dije enamorada:
¡ya loca le amo yo!

Desecha los temores de tu alma,
pues te amo y te amaré;
Vuelva á tu corazón la dulce calma,
y la perdida fe,

porque ese amor que sientes con locura,
aquí dentro hallará (Señalando al pecho.)
un corazón ansioso de ternura,
que es tuyo, Pepe, ya.

LOS DOS
¡Ay, qué dichosos
y qué felices
los dos seremos
con nuestro amor!
Y estando unidos
por dulces lazos,
jamás se extinga
nuestra pasión.

Hablado.

SEV. Sí, María; ya soy completamente feliz. Esta noche marcharé á Sevilla para arreglar con mi madre los preparativos de nuestra boda.

ESCENA III

DICHOS, AGUSTÍN, DOROTEA, FERNANDO y DANIEL
Entran por el tercer término.

SEV. (Dirigiéndose á todos y señalando á María.) Tengo el gusto de presentar á ustedes á mi futura esposa.
DOR. (Al Sevillanito.) ¡Parece mentira que el demonio se apodere de un ángel!
SEV. No, de dos; porque usted es otro ángel, que volará también con nosotros, para no separarse jamás de nuestro lado.
DOR. (Cariñosamente.) ¡Granujón!...
FER. (A Sevillanito, inclinándose respetuosamente, en señal de reverencia.) Felicito al hombre más serio que he conocido en toda mi vida: á José de la Rosa, *Don Sevillanito.* (Suena la campanilla y Dorotea abre.)

ESCENA IV

DICHOS, GENTE DEL PUEBLO y luego el GUAPO, todos por el fondo. Al fondo el CORO. Proscenio de la derecha, DANIEL, SEVILLANITO y FERNANDO. Idem de la izquierda, MARÍA, DOROTEA y AGUSTÍN.

Música.

CORO GENERAL
Hoy que es la fiesta
de la patrona
de este lugar,
con entusiasmo
venimos todos
á festejar
al ángel puro
que es la alegría
de esta mansión.

MARÍA
Gracias, muchachos,
por la fineza,
por la atención.

GUAPO
(Entrando con un ramo de flores en la mano. Daniel hace demostraciones de asombro.)
De mi jardín estas flores
he cortado para ti,
¡dueña tú de mis amores!

MARÍA
Yo tu dueña nunca fuí,
ni jamás te toleré
que en tal sentido me hablaras.
Tus flores no admitiré. (Rechazando el ramo.)

CORO GENERAL
Que dice las cosas claras
todos bien lo hemos oído.
El desprecio ha sido atroz.
Al Guapo le ha despedido
de una manera feroz.

GUAPO
¡De modo que así me tratas!
¿Así mi amor tú desprecias
y rechazas mi cariño
por el de uno... cualesquiera? (Sevillanito intenta abalanzarse al Guapo y María se interpone.)

Hablado

GUAPO (Dando un fuerte golpe con el bastón en el suelo y dirigiéndose á María.) Tú ya me conoces; si le entregas á éste (Por el Sevillanito.) la mano, antes de salir del pueblo se las tendrá que entender conmigo.

SEV. (Al Guapo.) Si no fuera por el respeto que debo de guardar á esta casa, ya le hubiera puesto las manos en la cara. (El Guapo hace un movimiento rápido y va á abalanzarse al Sevillanito, quedando á su lado mirándole de arriba á bajo, como perdonándole la vida; el Sevillanito se cruzará de brazos, como remedando á Don Tancredo.)

GUAPO ¡¡A mí!!

SEV. (Con sorna, señalándole con el dedo.) No; ¡al Guapo!

GUAPO (Con decisión.) ¡Ea, esto ya se acabó, porque en este pueblo es el Guapo el que corta el bacalao! (A María.) Y puesto que tú así lo quieres, (Señalando á la puerta del fondo.) allí en la Barriá su sangre me he de beber, (Al Sevillanito.) donde lo espero, mocito, pa arrancarle el corazón (Dándose un golpe en el lado izquierdo del pecho.) con la punta de mi faca.

MARÍA (Al Guapo.) ¡Mentecato! (Con decisión.) Lo que has de hacer, pero pronto, es abandonar esta casa y no venir más á ella mientras el cuerpo te haga sombra.

AGU. (Con sorna.) Creo que te habrás enterado, Guapo... postizo ó de mote. (Señalando la puerta del fondo.) ¡Por ahí se va á la calle! (El Guapo lo mira con ironía y hace como que se va lentamente por el fondo.)

FER. (Al Guapo, con sorna.) ¿Si te es lo mismo que yo acuda á la Barriá?

GUAPO Como quieras. (Señalando al Sevillanito y á Fernando.) Ó á los dos los espero. (Se decide á irse.)

DAN. (Puesto en jarras y moviendo la cabeza.) ¡Con que en la Barriá! (Va á abalanzarse sobre el Guapo.) ¡Dejármelo á mí! (El Guapo se vuelve y Daniel retrocede rápidamente. Todos se ríen de Daniel. El Guapo hace mutis por el fondo.)

Música.

CORO DE SEÑORAS
¡Ay, pobre Guapo!
¡Cómo quedó
en cuanto un hombre
se le plantó!

CORO DE HOMBRES
¡Ese es tan sólo
un fanfarrón
que el bacalao
nunca cortó!

CORO GENERAL (Marchándose lentamente por el foro.)
¡Ese es un blanco!
Ese no vá,
aunque lo diga,
á la Barriá.
¡Quiá! ¡Quiá!

Hablado.

FER. ¿Con que nos vamos á los toros? ¡Que se hace tarde!

SEV. (Con alegría.) Sí, nos iremos todos.

MARÍA No, Pepe; menos yo.

SEV. ¿Es que no te gustan?

MARÍA Sí; pero me hacen sufrir mucho.

DAN. (Con miedo exagerado.) Y menos yo, que hoy no salgo de casa.

SEV. ¿Ni tú tampoco, Agustín?

AGU. Yo sí; ¡tuviera que ver perder la única corrida que hay en el año! Pero vayan ustedes para la plaza, que yo voy á arreglarme.

FER. (A Sevillanito.) Vamos.

SEV. (A todos.) Hasta luego, que vendré á despedirme. (Se va con Fernando por el fondo.)

MARÍA (Mirando hacia arriba y cruzando las manos.) ¡Dios mío! ¿Se encontrará con el Guapo?

DAN. Mientras vaya con Fernando, no se arrimará á él.

MARÍA (Con alegría.) ¡Es verdad, tío! (Se marchan por el primer término de la derecha.)

(Telón rápido. Mutación. Intermedio musical.)

CUADRO TERCERO

Representa el interior de la fonda. Puerta grande de medio punto abierta al fondo, con vistas á la calle. En primero y tercer términos de la derecha, puertas de habitaciones: la primera practicable. A la izquierda, otra puerta también grande y de medio punto. Mobiliario propio de fonda de pueblo, colocando á la derecha una mesa grande y varias sillas distribuídas.

ESCENA PRIMERA

PETRA, después CONSUELO y SALOMON por el fondo.

PETRA (Tarareando alguna canción popular, mientras se ocupa en ordenar los muebles.) Lo que es la señá Teresa me las ha de pagar por no haberme dejao ir á los toros. En cuanto que se larguen los toreros la dejo plantá, y que busque otra que la aguante sus impertinencias. Después de tóo, pa partirse una los güesos trabajando, en cualquier parte encuentra

una, y por lo menos la tratarán mejor que esta gruñona vieja.

CON. ¡Buenas tardes!

SAL. Igualmente, niña.

CON. ¿Está la dueña de esta casa?

PETRA Está un poco mala; pero pueden ustedes mandar lo que gusten.

CON. ¿Para aquí Don José, el Sevillanito, cachito e caramelo?

PETRA (Con retintín.) Sí, señora... ¡pedacito de mazapán!

SAL. Mucho durse me paese, pa lo amargo que jel caso.

CON. ¿Quié jaserme el favó de esirle que aquí lo buscan?

PETRA Está en los toros.

CON. Pero ¿hay aquí toros?

PETRA Y formales que son.

CON. Escucha, gachosiya; ¿y está mu lejo la plaza? (Suena al fondo una salva de aplausos mezclados con agudos silbidos.)

PETRA ¡Oiga los aplausos! Mire qué cerquica está.

SAL. ¡Chiquilla! .. ¿Lo japlauso has dicho?... ¡y lo jestán matando á sirbíos!

CON. Vamos ¡a ve; ¿tú ta termina ja í y desirle que aquí lo aguardan dos criao de su casa... que le traen una rasón de su madre... (Mirando á Salomón.) que está un poquiyo mala?. (Salomón hace signos de desagrado.)

PETRA ¡Yo, sí! ¿Pero cómo voy á entrar en la plaza?

CON. (Sacando una moneda del bolsillo y entregándosela.) Pues con este duro sacas la entrá, y lo que sobre, pa ti.

PETRA (Cogiendo la moneda.) ¡Pus ahora mesmo! (Hace mutis por el fondo.)

SAL. Pero Consueliyo, ¿pa qué las dicho ná e su mare?... ¿No ves que se va á dijustá...?

CON. ¿Dijustá...? ¡Pa dijusto el que yo le voy á da en cuantito me lo eche á la cara! (Haciendo la señal de la cruz y besándola.) Porque ¡míala aquí! ¡Por ésta, que él no se casará conmigo, pero me tié que endiñá pa ponerte una taberna e campanilla!

SAL. Pero, chiquiya; vete con cudiao, no vayamo ja salí d'aquí preso, mia que en la carse este pueblo debe habé mucha rata.

CON. ¡Várgame Dió! ¿Ya t'está dando mieo? Bueno; ¡pus janque mus coman la rata tóos lo sacai, (Salomón hace aspavientos horrorizado.) se la voy á armá! ¿Tú crees que despué de darme palabra e casamiento ese chavosiyo, se va á queá riendo? ¡No!

¡No! Ante voy en cá la novia y esbarato tóo el casamiento. Y t'arvierto que, como no te porte como un hombre, le voy arañá elante e ti. A ve si te va á conosé que eres un cobarde, y no mus va endiñá el parné.

SAL. Descudia, que tocante á ese punto jaré bien el papel. Pero, Consueliyo, ¡que te vaya jespacio!

CON. ¡Ay!... Cá ve que pienso que por causa ese mal ange no lo he hablao á Luisiyo, que ha sío siempre el amo e mi corasón... Porque, créeme tú, pare e mi alma, á ese é jal que yo camelo... Ya podía está casá con él, si l'hubía jecho caso. (Hace un movimiento de extrañeza, como escuchando quien llega.) ¡Ya está ahí!

ESCENA II

Dichos y SEVILLANITO

SEV. (Entra precipitado por el fondo, y al ver á Consuelo hace un ademán de sorpresa.) ¿Qué es eso; eres tú?

CON. (Con descaro.) Sí, yo soy; la misma. (Salomón toma actitud agresiva.)

SEV. Tío Salomón, ¿qué quiere decir esto?

SAL. Eya te lo explicará.

SEV. Consuelo, vamos, habla. ¿A qué has venido aquí?

CON. (Con naturalidad.) Hombre, á verte; porque me dijeron en el café que te casabas en esta semana, y me dije; ¡pero ese muchacho está loco! ¿Cómo mus vamos á casá sin arreglar las cosas como es debío? (Con zalamería.) Porque, créeme, Pepe, yo quiero que mus casemo como se casa la gente católica. (Con burla.) Con nuestra jamonestacione correspondiente, y lo demá del caso.

SEV. (Con enfado.) ¡Basta de farsa! ¿Tú qué te propones?

CON. Yo lo que me propongo, ¡mal gachó! es que digas por qué, despué de darle palabra e casamiento á una gitana mu honrá, no la cumple, y te va ja casá con otra.

SAL. ¡Jeso é, contesta! ¿Qué condurta é jesa en un cabayero que yeva un título... novelesco?

SEV. Tío Salomón, me parece que se proponen ustedes acabar con mi paciencia, y he de decirles que todo lo que tengo de bueno, como se me suba la sangre á la cabeza, voy á resultar de malo.

CON. No; si lo eres ya; si la arsión que quiés cometer conmigo no es de persona güena. (Cogiéndole de la

mano.) ¿Pero tú crees que el compromiso ca jarquirío conmigo no me lo va ja cumplí? ¿Dónde están esas palabriyas que me desía: (Burlonamente.) «¡Consueliyo mia, qué contento voy á ir por la calle, cuando mus casemo, viéndote poseedora del título más noble de Castiya la Vieja!»... Y al desirme estas palabras, ¿no t'acuerda que te caíste ensima e mí borracho perdío, y que con la boteya que tenía jen la mano me pusiste tóa la bata jecha un pingajo?.. ¿Y no te acuerda cuando le dijiste á mi pare que habría momento que se tendría que poné una castora mu grande y un fraque pa los días e reunión?...

SEV. ¡Bueno, basta! Yo no tengo ningún compromiso contigo, ni quiero oir más historias. Yo he hecho lo que hacen todos los que van á pasar un rato al café cantante: dar cuatro bromas, dejarse guiar por las tonterías del vino y ser galante con quien luego no sabe respetar las clases.

CON. (Moviendo la cabeza con ironía.) ¡Las clases!... ¿Y por qué tú no has respetao la mía? No me hubiás puesto en el caso de serví de burla de tóas la jartistas, como he servío, jasta que me tenío que salí del café... y tóo por tu curpa.

SEV. (Con extrañeza.) ¿Por mi culpa?

CON. Sí, por tu curpa; porque al saberse en el café tu casamiento, empezó á desirme Pepiya la Mora: «Consueliyo, ¿ta jenterao que se casa el Sevillanito en la Mancha?». Y yo cayaba, pudriéndome por dentro. Al poco rato salió el niño de la Pintona y me dijo: «¡Vamos, ya te se bajarán lo jumo que tiene!» No púe sufrir má... Empesé á tirar á la jartistas tóas las boteyas que había ensima e las mesas... (Acercándose al Sevillanito para no ser oída por Salomón.) y grasia á Paquiyo el Fino, no jiso mi pare una esaborisión... Y aquí me tiés, despedía del café, y sin tené un peaso e pan pa este viejo. (Solloza.)

SAL. ¡No yore; que aún me quéan die saño e via pa cumplí... (Mirando al Sevillanito y sonriendo con ironía.) una promesa!

SEV. ¡Tío Salomón!...

SAL. Conque vamo jave. Esta niña que tú vé jaquí, ma costao mi trabajiyo criala, y ya que no te quiés casá con eya é menesté que me pague lo desperfecto.

SEV. (Sonriendo.) Pero, ¿qué desperfectos tiene la niña?

SAL. Por lo meno, má je sincuenta bata que la jechao

á perdé, que man costao un capital, y aluego las tabarras que mus ja dao.

SEV. Conforme. Pagaré los desperfectos; las tabarras no tienen precio.. Cincuenta vestidos, á cinco varas de percal cada uno, doscientas cincuenta varas; á real, doce duros y medio.

SAL. ¡No está tú mal percá!... ¡Si tú sabe que la niña gasta las batas... e jolanda!

SEV. (Con amabilidad.) Bueno, Consuelillo; asoma tu gracia á la cara y dime lo que te hace falta. (Consuelo mira á Salomón; éste se queda pensativo, rascándose la cabeza.)

CON. Mira, Pepe; con que me dé pa ponerle á mi pare una taberna, estamos javiaos.

SEV. (Sacando de la cartera dos billetes de mil pesetas y haciendo ademán de entregárselos á Salomón.) ¡Ea! Ahí van dos mil pesetas para que la pongáis.

SAL. ¡Si no lo pué remediá! La nobleza le sale por lo deo. ¡Grasias, on Pepito! (Va á coger el dinero y Consuelo se le adelanta y recoge los billetes, guardándoselos rápidamente en el pecho.) (Aparte.) ¡Válgame Dió! ¡Ya no pongo ni un puesto e agua!

SEV. Y ahora que estamos en paz, te voy á decir, Consuelillo, que á mí no se me ha ido por alto que á quien tú quieres es á Luisillo.

CON. (Con alegría.) ¿Pa qué te lo voy á negá? ¡Es verdá! (Llevándose la mano al corazón.) ¡Aquí dentro del garlochí lo yevo!

SEV. (Señalando al fondo.) Pues ahí lo tienes.

CON. (Con asombro.) ¿De verdá?

SEV. Pronto vendrá; ya se estarán acabando los toros. (Señalando á la izquierda.) Ese es su cuarto.

CON. (Con alegría y extrañeza.) ¿Pero está toreando mi Luis?

SEV. (Señalando á la puerta del fondo, en la que se verá á Juan, vestido de picador, desmontarse del caballo.) Mira, ya se han acabado; ahí están los picadores. (Consuelo y Salomón dirigen su mirada al fondo.)

ESCENA III

DICHOS y JUAN. Luego MANUEL y PETRA por el fondo.

Manuel vestido con traje de picador, sin chaqueta y con el brazo izquierdo en cabestrillo. Petra llevará al hombro la chaqueta de Manuel.

JUAN (Con el sombrero en la mano.) Buenas tardes, señores.

SEV. (Adelantándose hacia Juan y dándole la mano.) Me alegro.

JUAN Con tristeza.) Gracia.

SEV. (Como asustado.) Qué, ¿ha acurrido algo? Parece que vienes triste.

JUAN A Manolillo la dao el quinto toro una caía que l'ha espampanao. (Váse por el segundo término.)

MAN. (Malhumorado.) ¡Mal fin tenga Luis, que é jel que ha tenío la curpa! (Avanza al proscenio.)

PETRA (Poniéndole una silla.) Siéntese usted... ¡Pícaro toro! (Manuel se sienta.)

CON. Pero, ¿l'ha jecho mucho?

MAN. ¡Na!... Ayí sa queáo la clavícula.

SEV. Qué, ¿te ha echado Luis el toro encima?

MAN. No; pero siempre tiene que pasá algo por su curpa. Empesaron á pedir que banderilleara el mataó, fué á coger las banderillas, y Luis, que no se había dao cuenta, clavó; se indinó el público, y cuando salió el quinto toro toavía duraba la bronca. Me puse en suerte, y aquellos que más chillaban, me cogieron el palo por el regatón; vino el toro, me metió la cabeza, y ma dao una caía como pa mí solo.

SAL. ¡Qué bruto son alguno gaché!

MAN. Como que tiemblo cá ve que tengo que torear en plazas que no tienen barrera. (Al Sevillanito.) Don José, no de usté más toros por estos pueblos.

SEV. No, ni en las capitales. Hoy me corto la coleta.

MAN. ¡Ojalá si me la pudiera cortá yo! (A Petra.) Niña, tráete par cuarto una jarra de ese viniyo juncá que hay aquí.

SAL. No, tráete do, que voy ayuar á esnua á Manué. (Dándole el brazo.) ¡Anda, que ere jel rey de los picaores! (Manuel se apoya sobre Salomón y vánse por la izquierda. Petra váse por el tercer término de la derecha, saliendo á poco con una jarra y dos vasos, y hará mutis por la izquierda.)

CON. ¡Qué dirá cuando me vea!

SEV. ¡Ahí está ya!

ESCENA IV

DICHOS, ANTONIO, RAFAEL, FRASQUITO Y LUIS. Luego CURRO, que seguidamente de salir á escena hará mutis por la derecha. Todos entran por el fondo, en donde sonará ruido de cascabeles, como de la llegada de un carruaje. Todos vienen vestidos con trajes de luces, menos Curro, que traerá un fundón de estoques y un lío de capotes de brega prendido por un porta-mantas. Antonio llevará el capote de paseo sobre el hombro; los demás sobre el brazo izquierdo. Estos llevarán amarrado al cuello un pañuelo blanco, moquero.

ANT. Señores, buenas tardes.
SEV. Sea enhorabuena.
RAF. / FRA. (Haciendo ademanes de asombro.) ¡¡Josú, Consueliyo!!
(Vánse éstos y Antonio por la izquierda, mirando con sorna á Luis que irá entrando.)

Música

LUIS (Como sorprendido por la presencia de Consuelo.)
¡Sí, ella es!
CON. (Que habrá quedado en el proscenio de la derecha.)
¡Qué bonito está!
SEV. (Que se hallará en el centro de la escena.)
¡Ay, qué lila!
¡Ay, qué primo
estoy resultando ya!
LUIS No me mira.
CON. Me desprecia.
LUIS ¡Ay, mi encanto! (Queda con la vista baja.)
CON. ¡Ay, mi amor!
SEV. Por lo visto no se atreven.
No hay duda,
tendré que arreglarlos yo. (Haciendo señas con la mano á Luis.)
Acércate ya, Luisillo;
alza la vista del suelo,
que esparrabá está por ti
la gitanilla Consuelo.
LUIS No será así, Joseliyo.
CON. ¿Qué las dicho, dí, gaché?
SEV. Que tu cuerpo lo camela
muy requetequechipén.
LUIS ¿Es verdá, dí, niña mía,
lo que me dise el chavó?
CON. Sí, gachosiyo e mi arma,
sólo á ti camelo yo.

LUIS — Ven acá, saragatera,
que ante la grasia é tu cara
hasta la flor más hermosa
se marchita y se esbarata.
Cuando pienso en tu persona
me entristezco y acongojo,
creyendo que otro amor pueda
apartarte de mis ojos.
¡Ay, mi paloma!
¡Ay, mi gitana!
¡Ay, mi Consuelo!
¡Ay, mi barbiana!

CON. — Nenito de mi sentraña,
que me tiene enloquesia
con tu cuerpo pinturero
yenito de fantasía.
Tú ha jalcansao mi cariño
á fuerza de desengaños;
mientras meno te escuchaba
más grande pa mí era el daño.
¡Ay, mi torero!
¡Ay, mi esperanza!
¡Ay, mi Luisiyo!...
¡Ay... mi vengansa!... (Mirando al Sevillanito.)

LUIS Y CON. — Ya tienes tóo mi cariño
y tóo mi amor tienes ya,
Solo ansío que nos veamos
muy serquita del altá
pa que el cura nos bendiga
y nos eche aquel latín
y el yuguito por el cuello
que á los dos nos ha de unir.

LUIS — ¡Sí, mi gitana!

CON. — ¡Sí, mi torero!

LUIS — ¡Ay, mi barbiana!

CON. — ¡Ay, tu salero!

(Recitado mientras preludia, piano, la orquesta.)

LUIS — Te compraré una casita
blanca como la azucena,
que en invierno le dé el sol
y en el verano sea fresca;
que tenga su jardincito
con sus paredes cubiertas
de heliotropos y jazmines,
campanillas y mosquetas;
que su suelo esté cuajado
de aromáticas violetas,
pensamientos y alelíes;

y además que en la azotea,
y adornando tóo el jardín,
haya cientos de macetas
con rosales y claveles
y cuantas flores tú quieras,
pa que tú, mi Consueliyo,
luzcas entre todas ellas
como la flor más hermosa
que existe pa mí en la tierra.

CON. Sí, Luisiyo, dices bien;
y luego, cuando se sientan
los cascabeles del coche
que te conduzca á mi vera
en las tardes de corría,
cuando de la plaza vuelvas,
tóas las flores se aperciban
y de envidia se estremezcan
viendo en mí la única flor
que tu corazón camela.

Hablado.

DICHOS, MANUEL, SALOMÓN y PETRA, que entrarán por la izquierda, simulando embriaguez los dos primeros. Manuel viene descubierto y sin chaqueta, llevando la coleta destrenzada y el brazo en cabestrillo; Petra le sigue con una jarra y un vaso en las manos.

SEV. (Por Manuel, que irá entrando.) ¡Cómo viene Manuel!

LUIS ¡Várgame Dios, la tomó!

CON. ¡Y también mi paresito!

MAN. (A Salomón, haciendo ademán de darle un garrochazo en la barriga.) ¿Quién é jel mejor picaó del mundo?

SAL. (Tratando de esquivar el golpe.) ¡Tú! (Aparte.) ¡Y el más bruto también! ¡Mala puñalá te peguen! (Todos miran á Manuel con prevención. Pausa.)

MAN. (Señalando á la jarra que lleva Petra.) ¿Hay quien quiera un traguito? (Petra pondrá la jarra y el vaso encima de la mesa y avanzará al proscenio de la derecha.)

TODOS (Con seriedad.) Gracias.

MAN. (A Luis.) ¿Qué hase que no t'esnúa... *Patatero?*

LUIS ¡Anda, que á ti el que te ha entendío ha sío el quinto toro!

MAN. Po de tó has tenío tú la curpa, ¡mal torero!

CON. ¡Mar torero mi Luis, cuando de jaquí sa oío la ovasión que l'han dao!

SAL. ¡Sí, mezclá con uno poquiyo je pito!

LUIS Pero eso fué porque al clavá me hiso el toro un extraño y resultó el pá un poco desigual.

MAN. ¡Sí... un poquiyo!... ¡La una se la puso en la crú y la otra en la lengua!... ¡Que yo no he visto en mi vía un toro yorá má!

CON. Pero los toros, ¿también yoran?

SAL. ¡Si, hija! Esa es la ley de la recompensación. ¡Los toros yoran por lo que se afligen los toreros!

CON. (Con desdén.) ¡No te importe, Luis, que yo también he yorao y yoro por tu cariño!

LUIS (Con entusiasmo.) ¡Grasia, Consuelo! ¡Por él soy yo el hombre más felís del mundo! Cuando nos vayamos á casá...

PETRA (Cogiendo á Consuelo de la mano, y avanzando al proscenio de la derecha. Todos quedan sorprendidos, como queriendo escuchar.) ¡Qué bonita va usté á ir con sus flores en la cabeza... luciendo un mantoncillo de aquellos... y va usté á entrar por las puertas de la catedrá, ¡que van á tener que agrandarlas!... ¡y verá usté qué cuarto más bonito vais á tener, y qué cama más hermosa.. ! ¡Ah!... ¡Y verá usté con qué rabia le va á quitar el ramo de azahá del pecho!

CON. Pero chiquilla; ¿tú que sabes de eso?

PETRA ¡Anda, anda! ¡Si me lo ha quitado á mí! (Vase riendo por la izquierda.)

LUIS (A Consuelo, por lo bajo, sonriendo.) No le hagas caso, que está loca.

ESCENA V

DICHOS y el GUAPO, por el fondo.

GUAPO Buenas tardes, señores.

SEV. (Aparte.) Otra vez este majadero. (Al Guapo.) ¿Qué se le ofrece? (Todos muestran atención.)

GUAPO ¿Le parece á usted buena hora para que arreglemos esas cuentas?

SEV. (Con sorna.) Hombre, no es mala; ¿pero no habíamos quedado en vernos en la Barriá?

GUAPO Allí veré á Fernando; á usted aquí.

SEV. (Aparte.) ¡Cómo me quitaría de encima á este pelmazo!

MAN. (A Salomón.) Este debe ser el recaudador del timbre.

SAL. Po ese no trae buena jintencione.

SEV. (Como encontrando una solución.) ¡Ah! (Al Guapo.) Un momento. (Llama á Salomón con la mano.)

SAL. (Acercándose.) ¿Qué quié usté, on Pepito? (Consuelo y Luis simularán que hablan en el centro de la escena izquierda. Manuel sube y baja hacia el fondo, mirando al Guapo.)

SEV. ¿Usted sabe quién es ese? (Por el Guapo.)

SAL. Yo no; pero me parese que no viene por derecha.

SEV. Bien, pues es uno que corteja á mi novia; el hombre quiere bronca, y yo no tengo ganas de pelea. A ver si usted, con su energía y mundología, lo puede convencer de que yo no tengo la culpa de que la niña me quiera, y que me deje tranquilo. Si consigue convencerlo, le vale un billete de veinte duros. Le advierto que es un tonto.

SAL. Ya lo creo que le convenso; pero no vaya osté á creer que lo jago po el interé. (Va hacia el Guapo, y haciendo medio mutis.) On Pepito, no me vaya osté á endiñá el parné elante e mi Consueliyo.

SEV. (Sonriendo.) Bueno, descuida. (Se aproxima al grupo de Luis.)

SAL. (Al Guapo, que habrá quedado al fondo.) ¿Jase osté el favó, cabayero? (Manuel se incorpora al grupo de Luis, que comentará el diálogo de Salomón.)

GUAPO (Avanzando hacia Salomón.) ¿Qué se le ofrece?

SAL. Hombre, me va osté á dispensá; pero ende je que ha llegao he visto que no se trae buena jidea con el Sevillanito, y la verdá, quería que me explicara con qué ereçho viene osté á provocarlo á su mesma casa.

GUAPO Con el mismo que él ha ido á solicitar á la mujer que yo pretendo.

SAL. ¡Pero se trata de mujere! ¡Várgame Dió!.. ¿Y por eso viene de esa jechura?.. ¿Cuántas quié osté por una perra gorda?

GUAPO Es verdad que todas juntas no la valen.

SAL. Pero tendría mucho que ve que dos hombres se jisieran porvo .. (Aparte.) la ropa (Alto.) por una mujé; porque no vaya osté á creer que tóo el monte é jorégano. Ese que osté ve ahí, es capá... e cortarle asté la cabesa y regalársela á su novia.

GUAPO Es que usted no sabe de lo que soy yo capaz.

SAL. Si lo sé; de cortársela á su novia y regalársela á él.

GUAPO Tanto como eso no; pero quizá sería capaz de cortársela á usted.

SAL. (Haciendo ademanes de extrañeza.) ¡A mí, mala sangre!, ¿qué te jecho yo?

GUAPO Que me parece que se está usted divirtiendo de mí y eso yo no lo permito.

SAL. No, hombre, qué jisparate. Lo que yo quiéo é jasérle comprendé que no está osté al lao e la rasón ni en lo firme. ¿Osté ve estas cana? Pue por cá una echo un chorro d'esperensia, y le aconsejo que no pretenda nunca casarse con una mujé que lo jaya espresiao; porque si llega á casarse,

la inmediata é la noche e novios, dormi ella en la cama, osté ensima e larmario, y por la maña-na temprano va osté á salí de su casa como si le hubian puesto banderillas e fuego. (Besando la cruz.) ¡Míela ¡aqui! Por ésta.

GUAPO Sí, sí; tocante á eso del fuego tiene usted razón; pero se ciega uno con las mujeres y siempre paga quien no tiene la culpa. Porque la culpa es de ella, que ha consentido hablarle. En fin, voy á hacer caso de lo que usted me dice y á dejarme de tonterías.

SAL. Eso é. Así, me gustan las personas, que no ten-gan griyito jen la cabesa. (Dirigiéndose al Sevillanito.) On Pepito, jaga osté el favó.

SEV. (Acercándose.) ¿Qué pasa, Salomón?

SAL. Este hombre reconose que s'afuscao y que no debe e tené bronca con osté.

GUAPO Vista la cosa friamente, comprendo que es una tontería que tengamos que partirnos el alma no debiendo de ser.

SEV. (Á Salomón.) Pero si es que nosotros (Por el Guapo.) no podemos pelear. ¡Cómo voy yo á reñir con un hombre que quiere á mi novia! (Al Guapo.) Yo pelearía con usted cuando no la quisiera, y ade-más, esta es una cuestión que la define divina-mente el verbo querer: porque usted la quiere, yo la quiero y ella me quiere.

SAL. ¡Ea, po aquí no ha pasao ná! Darse la mano, y al avío. (Aparte.) ¡Con qué abiliá l'ha toreao!

SEV. (Dándole la mano al Guapo.) ¡Ahí va!

GUAPO (Dándole la mano al Sevillanito.) Está visto. ¡Con uste-des no se puede ni... cuestionar en serio! Buenas tardes y divertirse. (Váse por el fondo. Todos ríen.)

MAN. Qué, ¿se arregló eso?

SAL. Ya está tóo arreglao, y ahora lo que hay que arreglar es otra cosa: ¿Quién va á sé el padrino de mi Consuelo?

MAN. (Dándose un golpe en el pecho.) ¡Yo!

CON. !No lo quiá Dió!

SEV. Si os casais en seguida que lleguemos á Sevilla, yo lo seré, si ustedes quieren.

CON. Eso Luí lo dirá.

LUIS. Sí, en cuanto lleguemos. Aceptado.

SEV. Bueno. Y ahora, si ustedes me lo permiten, in-vitaré á estos señores.

CON. Deja, Pepe, lo haré yo.

Música.

CON. Os espero en Sevilla
para mi boda,
que siendo de un torero
será rumbosa.
Como regalo,
me doy por muy contenta
con sus aplausos.

TELON LENTO

NOTAS

El Sevillanito vestirá traje de americana, pantalón flamenco, ó ceñido; camisa lisa con cuello á la marinera. Lucirá gruesa cadena y llevará botas claras y sombrero de ala ancha, también claro.

Antonio, traje flamenco de color claro, chaqueta sevillana y sombrero también claro. Camisa bordada con cuello de cuatro botones y botonadura brillante en la pechera y cuello.

Frasquito, botas de charol; pantalón á cuadros, muy flamenco; zamarra obscura con caireles y muy exageradamente corta y de media luna; sombrero de ala ancha color marrón, y gruesa cadena de reloj.

Luis, traje de chaqueta corta, color liso y claro; botas también claras; sombrero negro; camisa bordada, de cuatro botones con botonadura, y gruesa cadena.

Rafael, de americana, cuello alto y corbata, y sombrero claro de alas anchas.

Manuel y *Juan*, con bastos chaquetones y sombreros de ala ancha.

Curro, de chaquetón largo y gorra.

El Guapo, traje aflamencado de pana de medio color y sombrero claro de ala ancha.

Salomón, gitano moreno, pelo canoso, cara lisa ó afeitada, traje negro flamenco, chaqueta sevillana, sombrero claro y camisa con exagerados olanes y cuello á la marinera.

Consuelo, gitana blanca, bata blanca, pañuelo de talle grana y mantón de Manila. Peinado bajo con flores en la cabeza y peineta de teja.

Los demás personajes en armonía con sus papeles, costumbres de la localidad y situaciones de la obra.

